

DEL SR. LICENCIADO LUIS CHICO GOERNE
CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DE
LOS CURSOS UNIVERSITARIOS DE 1938

ES para mí, señores profesores, estudiantes, trabajadores todos de la Universidad, un deber y una honda satisfacción en este día en que iniciamos las tareas del tercer año de nuestra nueva vida universitaria, recordar las crueles vicisitudes del camino recorrido, las luchas angustiosas que pudieron superarse, los grandes obstáculos que lograron vencerse.

Pero si es obligación y es placer recordar el pasado que salvamos, también es placer y es obligación mía ofreceros el panorama ancho y lleno de luz que el porvenir abre ante vuestros ojos y ofrece a la obra de vuestras manos si vuestras manos son capaces de un noble ademán creador.

Revivir los instantes que fueron, cuando ellos nos hablan de honradez y de sacrificio; asomarse a los instantes que vienen cuando en ellos palpita el ideal generoso del bien, es siempre llenar el alma de fuerzas y de fe, y fuerzas y fe que sean constancia abnegada en un trabajo auténtico, honorabilidad y decencia espiritual sin sombras en la conducta, voluntad heroica para entregarse a todo lo grande, triunfo sobre las pasiones y los egoísmos, cordialidad y amor sin regateos entre nosotros y para nuestro pueblo, caballeroso perdón de errores, altura de miras, y creencia inquebrantable y valiente en el destino eterno de la Universidad; es precisamente lo que necesita nuestro hogar, ahora que arden ya en la calle las llamaradas pasionales que encendieron los odios políticos, las ambiciones personales, los egoísmos sin freno.

Id, pues, universitarios, a buscar esas energías, que serán vida, que serán caricias para México, al surtidor fecundo de vuestro propio ser.

Allí encontraréis a nuestra casona centenaria que se derrumbaba en el 35; y lo que es más doloroso aún, que se derrumbaba bajo los golpes sin piedad de sus enemigos y la indiferencia de su pueblo que en ella no creía; las gentes se alejaban de su contorno temerosas de ser arrastradas por la caída, ya sin remedio, del edificio venerable; todo un ejército de zapadores que nunca supieron construir, se entregaban alegres a la obra demolidora; sus habitantes lo abandonaban, y los que aquí quedaron se herían estérilmente en luchas de hermanos; sus fuerzas materiales estaban agotadas y la miseria y la impotencia asomaban por todas sus ventanas; hasta su viejo ideal de libertad, el santo ideal de todas las juventudes y de todas las rebeldías, cuando juventudes y rebeldías

han tenido dignidad humana, se refugiaba temeroso en alguno de sus últimos rincones; todo era agresión afuera, todo era desaliento y pesimismo adentro.

Allí encontraréis, es verdad, este espectáculo desolador; pero recordad también que en él sonaron las primeras clarinadas de vuestro triunfo; vuestro, sí, sólo vuestro:

Fue primero, aquella muchedumbre juvenil y valiente agrupada en derredor de la generación batalladora de 29; aquella multitud de estudiantes que olvidando luchas y rencillas pasadas, diferencias de ideas y de política, se apretaban entre sí para afirmar ante la nación y ante el mundo el derecho de la cultura para vivir la libertad, la sola forma de la vida con honor.

Fue después, la corriente impetuosa de esos mismos jóvenes caballeros, que sin coacción ni violencias, llenó de dineros las cajas universitarias y de orgullo y de esperanza el alma de la Universidad.

Fue más tarde el cuerpo de profesores que renunciando a la modesta compensación de sus esfuerzos y sumándose a la falange luchadora, daba un ejemplo del desinterés de que tiene hambre nuestra patria, y dictaba una lección varonil de firmeza espiritual, en un país al que azota la cobardía del servilismo.

Fueron también los empleados, esos obreros anónimos, callados, humildes y heroicos, que no contaron horas; ni días; ni semanas de trabajo abrumador; que olvidaron su salario miserable; que sacrificaron sin reservas la alegría de los suyos a la tarea gigante de salvar al espíritu de México.

Fue, en suma, ese conjunto de voluntades de trabajo, de valor y de desinterés, el que demostró a la nación contra todas las emboscadas de la maldad, que es posible construir muy alto y muy firme, cuando en los cimientos se pone el honor, cuando en el alero se quiere un único remate: hacer el bien.

Así se edificó por vosotros la Universidad que vivimos: esa, que ayer miserable, hoy vive modesta, pero con decoro; esa, que ayer despreciada, hoy la respeta la República entera; esa, que antes indiferente a las inquietudes de su pueblo, ahora se funde con él, con él vive sus angustias y sus esperanzas y a él lleva el consuelo y la serenidad de la ciencia; esa, que en el pasado sólo creó la aristocracia egoísta y mediocre del saber y que hoy quiere crear la única, la verdadera aristocracia humana: la del hombre que entrega espíritu y carne al dolor que le rodea.

Pero si esa es vuestra obra en el pasado y en el presente; grandiosa obra por cierto, mayor ha de ser en el porvenir.

En él está la protección a los jóvenes brillantes que hoy hace estériles la tragedia económica de su existencia; en él está la venida a nuestras aulas de lo más ilustre del pensamiento del mundo; en él está la inspiración de nuestros catedráticos por el contacto personal con la gran cultura del Universo; en él está la busca cordial y apasionada de esas capacidades juveniles del pueblo, que debiendo ser consuelo y luz, hoy viven infecundas, desgarradas por la miseria; en él está la formación de generaciones de investigadores que un día, un ansiado día, pongan en el lugar de la mistificación y de la farsa, la ciencia y el estudio serio como base de acción sobre los hombres; en él está, en fin, la esperanza—y esperar es el más noble de los menesteres humanos—de que la Universidad habrá de conquistar para quienes con el espíritu trabajan, la tranquilidad y la paz.

Sueño, dirán los pesimistas y los enamorados de la materia.

Pero pensemos, pensemos universitarios que las grandes huellas de la historia sólo han sido las huellas dejadas por los que se atrevieron a soñar.